

Terremoto de 1912

Por: Lic. Norma Rodríguez González.

El 19 de septiembre de 1912, amanece y todo transcurre con normalidad; son las 7:19 de la mañana y abruptamente esa tranquilidad se ve interrumpida por un terremoto que quizás sea el mayor desastre natural de que se tenga registro hasta la actualidad. A 102 años de acontecido pocos testimonios quedan que nos permitan dimensionar la magnitud del evento. Quienes sobrevivieron, hace mucho que partieron; llevando con ellos sus relatos y vivencias de ese sismo y las múltiples replicas, que según reportes del sismológico se prolongaron por prácticamente un año. De ahí la importancia del relato que más adelante se presenta:

Con una duración de tan solo 6 segundos, una magnitud de entre 6.9 y 7.1 grados en la escala de Richter y con epicentro en la comunidad de Tixmadeje, municipio de Acambay, este sismo, provocó una gran devastación y lamentables pérdidas humanas no sólo en Temascalcingo, sino también en Atlacomulco, Aculco, Polotitlán y sin duda el pueblo más afectado: Acambay. Entre las edificaciones destruidas en Temascalcingo encontramos el portal de Guadalupe y el antiguo templo parroquial, cuya caída cobró la

vida de algunos feligreses que en ese momento se encontraban en misa.

Para los estudiosos de estos fenómenos, éste sismo presentó características desconocidas hasta ese momento. La magnitud, ubicación y poca profundidad del epicentro, así como la prolongada duración de las replicas, llevaron a tomarlo como ejemplo y hasta a catalogar a otros similares como del “tipo Acambay”

A más de 100 años de este hecho, en Temascalcingo sólo una institución subsiste, El Colegio María Salome Chaparro. Entre sus registros y en un apartado de la crónica que relata la vida de esta institución, encontramos un valioso testimonio. Redactado por una religiosa en letra manuscrita propia de la época, y con el encabezado “sucesos notables” se puede leer:

“El 19 de noviembre de 1912 al terminar la santa misa con la bendición de su divina majestad se sintió una fuerte sacudida que derribó la mayor parte de las casas del pueblo, escapándose milagrosamente la del colegio que únicamente sufrió algunas cuarteaduras y el derrumbe de la mitad de la pared del dormitorio de las internas. Como los movimientos subterráneos no cesaban, se determinó que saliéramos del colegio a fin de evitar las desgracias que pudieran suceder, el padre Felipe aún revestido con los ornamentos sagrados, conducía a su divina majestad, seguido de la numerosa formación de alumnas



internas y externas que a pesar de las amenazas subterráneas iban con el mayor orden, sin abandonar ninguna su lugar correspondiente. En el momento de la salida, una multitud de gente se encontraba en la plaza pública lamentando el terrible suceso, hombres, mujeres y niños con rostros desencajados clamaban misericordia, pues creían que había llegado el último día de su existencia. En procesión, recorrimos las principales calles de la población, donde pudimos ver los estragos causados por el terrible terremoto. La multitud nos seguía rezando fervorosas oraciones y entablando cánticos de penitencia. Volvimos a la plaza donde se había arreglado un altarcito debajo de dos árboles para el santísimo, dónde nos dimos cuenta de las desgracias personales que se sucedieron y cómo los temblores seguían sucediéndose cada cinco minutos, resolvió el padre Felipe llevarnos a un lugar seguro dónde no hubiera peligro de derrumbes. Entonces se dio cuenta que había dejado en el sagrario de la capilla del colegio la custodia, cuyo relicario contenía aún la sagrada forma de las exposiciones y no sabiendo qué hacer, la denotada superiora señorita Elisa Pérez, con su acostumbrada presencia de ánimo y acompañada de dos niñas se dirigió al colegio, sacó el precioso tesoro y las niñas con dos candelabros con velas encendidas salieron en compañía de la madre. En medio de la multitud iba el padre Felipe con el copón y después la madre Elisa con la custodia, las alumnas no abandonaron sus filas, la gente lloraba a sus muertos de una manera desgarradora. Por fin, llegamos a los jardines Alameda de los señores Chaparro donde estuvimos todos rodeados del amo sin acordarnos que teníamos que tomar algún alimento. Como a las 10 de la mañana supimos definitivamente que habían perdido la vida 17 personas y algunas habían quedado heridas, como a las 11:00 a.m., habíamos recibido la noticia de que el pueblo de Acambay había quedado destruido completamente, habiendo quedado bajo los escombros más de 60 personas quedando gravemente heridas cerca

de 170. Noticia desgarradora para las alumnas que por nacimiento eran de ese pueblo y que tuvimos que lamentar la pérdida de algunos miembros de nuestra familia. Tres días pasamos habitando en una especie de tienda de campaña durmiendo entre paja, comiendo lo que buenamente se encontraban nuestras maestras, hasta que determinaron llevarnos a la casa central de Tacuba en donde estuvimos algunos meses. Los temblores seguirán repitiéndose con demasiada frecuencia y cuando calmaron un poco se determinó que las maestras regresarán de Tacuba, pues ya se les había preparado en el patio grande unas habitaciones de madera para que sin peligro establecieran el nuevo curso. Algunos años permanecieron esas habitaciones y cuando desaparecieron por completo los temblores resolvieron a habitar las antiguas que ya habían sido reformadas”

Aprender del pasado para vivir el presente y proyectar el futuro, esa sería la enseñanza y un objetivo que nos deberíamos fijar autoridades y sociedad civil. Hechos como este hacen evidente la necesidad de un Archivo histórico municipal, lugar en donde Invaluables objetos, fotografías, testimonios y documentos como el anterior podrían ser resguardados a fin de preservar la historia de nuestro municipio.

